

Arta #3

**CREENCIAS, ATRIBUCIONES Y
ACTITUDES EN LA CONSTRUCCIÓN
SOCIAL DE LA POBREZA**

JULIO 2014

énfaCIS_{#3}

CREENCIAS, ATRIBUCIONES Y ACTITUDES EN LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA POBREZA



Publicación digital del Centro de Investigación Social (CIS) de TECHO - Chile.
Autor: Rodolfo Martinic
Santiago de Chile, Junio 2014

ÉnfaCIS es una publicación periódica del Centro de Investigación Social (CIS) de TECHO – Chile, dedicada a resaltar temas de relevancia particular dentro de la investigación sobre pobreza y vulnerabilidad social. Su objetivo principal es ofrecer resultados de investigación rigurosa en un formato atractivo para públicos diversos.



En el presente artículo se abordan las creencias, atribuciones y actitudes que existen hacia la pobreza. Analizando el fenómeno desde la perspectiva de Georg Simmel, en la cual la pobreza aparece como una construcción social entre alguien que asiste y alguien que es asistido o debiera serlo, se profundiza en cómo los individuos entienden y se explican la pobreza, así como las actitudes que tienen hacia ella. En general, se puede afirmar que existen dos posiciones dominantes frente al fenómeno: la primera, cree que el mundo es justo tal como está y entendería la pobreza como una causa individual; la segunda, asume que el mundo es injusto y que la pobreza se genera como consecuencia de un determinado orden estructural. Como conclusión, se afirma la importancia de las creencias y explicaciones sobre la pobreza: ellas son parte de la problemática que intentan comprender, y las políticas públicas no le han dado suficiente importancia a este fenómeno.

Fotografía: "La Sopa de Los Pobres",
de Reynaldo Giudici

LA POBREZA Y LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA POBREZA

Actualmente existe un consenso generalizado en que el fenómeno de la pobreza es multidimensional. Esto significa que, en contrapartida con el enfoque que entiende el fenómeno como un problema de ingresos, la pobreza se manifiesta en diferentes ámbitos de la vida de una persona y su hogar. Ser pobre puede significar carecer de ingresos y de medios productivos para reproducir la existencia, no poder acceder a servicios básicos (como luz, agua y servicios higiénicos) y no tener una vivienda digna; problemas de salud, baja esperanza de vida y aumento de la mortalidad producto de enfermedades; imposibilidad en el acceso a la red de educación del país; implicaría además segregación urbana y problemas con el acceso a la ciudad; contaminación, falta de espacios públicos y reducida presencia de áreas verdes; discriminación y exclusión, entre muchas otras manifestaciones. También se podría añadir la falta de participación en la vida cívica y social y en la toma de decisiones sobre la dirección de un país (Cumbre mundial del desarrollo social, 1995).

Lo cierto es que, **pese a la importancia otorgada a la multiplicidad de dimensiones que tiene la pobreza, en materia de políticas públicas ha sido el enfoque de la línea de la pobreza el que ha gozado de mayor presencia y hegemonía.** Este enfoque entiende el fenómeno como la capacidad monetaria que tienen los hogares para satisfacer sus necesidades nutricionales,

utilizando como aproximación a ellas una canasta de alimentos¹ (Márquez, 2004). Como la canasta incluye los alimentos mínimos con los cuales una persona debería sobrevivir en un país determinado, una persona se consideraría en situación de pobreza extrema si sus ingresos monetarios no fueran suficientes para adquirirla en el mercado.

En ese sentido, existiría un **doble determinismo tras dicho enfoque: económico, al suponer que la solución radica en la obtención de un mínimo de productos accesibles mediante el ingreso; y biológico, al entender que la condición de pobreza extrema se supera al satisfacer las necesidades alimenticias básicas.** Como consecuencia de aquello, la pobreza adquiere un estatus absoluto, debido a que a partir de los ingresos se traza una línea que deja de un lado a los pobres y del otro a los no pobres, sin considerar tampoco la distribución social de la riqueza (Márquez, 2004).

La mirada hacia la pobreza desde un mínimo absoluto se ha visto complementada en muchos casos con la perspectiva de la autorreproducción de la pobreza o de la subcultura de los pobres (Lewis, 1967). Desde este punto de vista, la pobreza no sería sólo la incapacidad de resolver las necesidades

¹ En Chile, el ingreso necesario para adquirir una canasta básica dealimentos representa el límite de la pobreza extrema, mientras que el costo de dos canastas se utiliza como línea general de la pobreza. Si bien la segunda canasta se suma con el objetivo de considerar necesidades no alimenticias, este monto queda determinado por el costo de suplir las necesidades nutricionales.

básicas, sino que iría acompañada de ciertos hábitos y comportamientos propios de una “cultura” de la pobreza que se traspasan de generación en generación. En ese sentido, la pobreza representaría una serie de normas de conducta “desviadas”, diferentes a las del resto de la sociedad (Lewis, 1967).

No obstante, existen perspectivas dentro de las ciencias sociales que abren las determinaciones económicas, biológicas y culturales del fenómeno de la pobreza e invitan a pensarlo como una construcción dentro de la cual participa la sociedad en su conjunto. Así, **la pobreza puede ser pensada desde dos ángulos: como fenómeno social producido por la desigualdad de posiciones que afecta a los individuos, y como problema que las sociedades conocen, piensan y se representan** (Paugam, 2007).

Quizás el primero en plantear el problema desde esta segunda mirada fue Georg Simmel. Alejado de la visión sobre la pobreza que la entiende en términos absolutos, Simmel en 1908 publicó un breve pero espectacular artículo denominado “El pobre”, en donde trata el problema de la pobreza entendiendo que éste, antes de poseer un carácter absoluto, se funda en una relación social particular. Para Simmel, la pobreza como categoría social vendría a ser el resultado de la relación social que se forma entre quien asiste y quien es asistido.

Para Simmel, la pobreza como categoría social vendría a ser el resultado de la relación

social que se forma entre quien asiste y quien es asistido. Es decir, el estatus de pobre en una sociedad viene definido por las normas sociales que define una sociedad. Por eso, antes de poder fijarse una determinada medida de las necesidades y carencias, **el indicador que entrega identidad al pobre es la asistencia social, o en su defecto, la norma social que declara que debiera recibirla:**

“El pobre como categoría sociológica, no es el que sufre determinadas deficiencias y privaciones, sino el que recibe socorros o debiera recibirlos, según las normas sociales. Por consiguiente, en este sentido, la pobreza no puede definirse en sí misma como un estado cuantitativo, sino sólo según la reacción social que se produce ante determinada situación” (Simmel, 2002, pág. 243).

Es el socorro que recibe el pobre el que saca de la invisibilidad alguna forma de pobreza y otras, desde luego, no. Por ejemplo, piensa Simmel, el individuo que perteneció toda su vida a una clase acomodada y que enfrenta en un momento dado dificultades de orden material y económico, se mantendrá en una pobreza invisible debido a que no pediría ayuda ni el acomodado la ofrecería. En ese sentido, **la asistencia social tendría como precondition la distancia social entre quien da y quien recibe.**

En esta medida, la pobreza no sólo es comprendida como un fenómeno relacional y

relativo. De forma más radical es afirmada como una construcción social, pues sólo a través de la categoría que crea el asistente y que unifica el heterogéneo mundo de la pobreza, ésta cobra importancia social. Lo anterior trae interesantes consecuencias al momento de pensarla empíricamente. En tanto fenómeno social, la pobreza debiese pensarse ya no como un objeto, sino como una relación social que involucra a alguien que observa –y podríamos decir, asiste– y a otro que es observado –y asistido–.

En este contexto, como señala Paugam (2007, pág. 152), desde la sociología de la pobreza las preguntas que cabría hacerse en torno al fenómeno serían las siguientes: ¿qué provoca que un pobre que se encuentra en una sociedad determinada sea pobre y nada más que pobre? Dicho de otra manera, ¿cuál es el criterio esencial por el cual una persona se vuelve pobre a los ojos de los demás? ¿Qué provoca que una persona sea definida prioritariamente por su pobreza?

Desde la psicología social, por su parte, este tipo de problemas puede ser profundizado y planteado desde otra escala. En efecto, en tanto disciplina abocada al estudio de cómo las personas actúan, se comportan y piensan en y con los otros (Baron & Byrne, 1998), tiene una posición privilegiada para abordar la pobreza. En ese sentido, cabría preguntarse, *¿qué creencias sobre la pobreza están detrás de distintos grupos sociales y qué actitudes generan?* O bien, *¿cómo los individuos se explican la pobreza y qué*

causas les asignan?

En este artículo se abordará la pobreza a partir de la psicología de la gente de la calle o psicología naive, en donde se enfatiza el papel que tienen las teorías intuitivas, no elaboradas, que los individuos “comunes y corrientes” utilizan para justificar sus percepciones (Leyens & Codol, 1999).

Desde la perspectiva de la psicología social, la pregunta sobre cómo una sociedad piensa a sus individuos pobres puede responderse desde múltiples enfoques: desde las teorías implícitas se enfatizarían los esquemas y configuraciones bajo los cuales un determinado grupo entiende la pobreza, mientras que desde las representaciones sociales podríamos preguntarnos por los significados que se encuentran cristalizados en los grupos. **En este trabajo se intentará responder a esta pregunta desde las teorías de las atribuciones, delineando el vínculo que se establece entre las creencias y las actitudes.**

ATRIBUCIONES, ACTITUDES Y CREENCIAS

De acuerdo con Weiner (1980) las teorías sobre las atribuciones se plantean tres preguntas fundamentales, estas son: cuáles son las causas percibidas de una acción, qué información se considera en la formulación de la explicación sobre lo ocurrido y cuáles son las consecuencias que conlleva el proceso de atribución causal.

Las teorías de la atribución pretenden entender las explicaciones que tienen las personas sobre ciertos fenómenos. En otras palabras, se interesan por la respuesta desde el sentido común a por qué se producen comportamientos sociales de distinto orden. Las primeras formulaciones de esta perspectiva se encuentran en Fritz Heider, cuyo desarrollo arranca de la inquietud sobre qué hacen las personas cuando tratan de explicar el flujo de la vida social. Para el autor, la actividad de las personas de la calle sería muy similar a la de los científicos, pues en ambos casos existe una motivación por explicar los fenómenos del mundo social. Sin embargo los primeros, a diferencia de los segundos, establecerían conexiones entre los comportamientos sociales que observan en la vida cotidiana con causas inobservadas, es decir, no empíricas, por lo cual serían una suerte de científicos ingenuos. La conclusión que se extrae de aquello es que la conducta de las personas está determinada más por la forma en que perciben y entienden los hechos, que por la forma en que ocurren en realidad.

Heider distingue entre dos fuentes o causas que se pueden atribuir al comportamiento social. Por un lado, se encuentran las causas internas o personales que apuntan a las características individuales que llevarían a una persona a actuar de una determinada manera (como sus competencias, virtudes, defectos, etc.). Por otro lado, estarían las causas ambientales o externas, las que no dependerían de los atributos personales sino que responderían a

las circunstancias en las cuales tiene lugar una acción.

En el mismo ámbito de trabajo, Jones y Davis (1965) desarrollaron *la teoría de las inferencias correspondientes*, la cual asume que las atribuciones que realizan las personas sirven para predecir las acciones que éstas tomarán. En ese sentido, el objetivo de todo proceso de atribución consiste en *inferir* qué conducta e intención se *corresponden* a alguna cualidad estable y subyacente de la persona y las inferencias correspondientes. En consecuencia, serían una forma de deducir a partir de una conducta observada, una disposición o característica particular de un individuo. De esta forma, una inferencia tiene lugar allí donde existe intencionalidad en la acción, se pueden observar los efectos de dicha acción y se generan expectativas en torno al agente.

Al igual que Heider, Jones y Davis distinguen diferentes fuentes y tipos de atribuciones. Se encuentran, por un lado, las atribuciones acerca de la intención y, por el otro, las atribuciones sobre la disposición. En el caso de las primeras se busca inferir qué efectos fueron buscados por el actor. En tal situación, el observador requiere -para inferir el efecto de la acción- evaluar el conocimiento que tiene sobre las consecuencias de la acción y la capacidad para llevarla a cabo y conseguir el efecto buscado. Así, el conocimiento y la capacidad del actor están a la base de la atribución de intención.

En cuanto a la atribución de disposición o inferencia correspondiente, ésta tiene lugar ahí donde los efectos de la acción son poco frecuentes o comunes, fundándose en la correspondencia entre una característica personal o disposicional y un efecto. En este contexto, cuando los efectos de una acción son poco comunes, resulta más probable que las inferencias se hagan a partir de explicaciones personales. De esta forma, se realizarán atribuciones de disposición cuando el comportamiento del agente es distinto del que se piensa que tendría una persona promedio y cuando los efectos de su acción no se enmarcan en lo socialmente deseable.

Sin duda alguna se puede trazar una continuidad entre las atribuciones que realiza un observador sobre el comportamiento social de un individuo y lo que sería la actitud que guardaría respecto a éste. En efecto, las actitudes en tanto juicio evaluativo de un objeto, pueden emerger de determinadas atribuciones que realiza un observador sobre el comportamiento social de un agente. Asumir esto significa que las atribuciones que realizamos sobre la vida social, participan de la formación de actitudes que tenemos hacia determinados actores, sus acciones y las consecuencias de estas.

En otras palabras, como Fishbein y Ajzen postulan, las actitudes se encontrarían determinadas por las características que los observadores asocian a un objeto (sus creencias sobre el objeto), es decir, *por cualquier característica que parezca importante*

a los individuos, sopesadas por el hecho de si son características buenas o malas (Worchel, Cooper, Goethals, & Olson, 2003, pág. 127). Las creencias estarían a la base de las actitudes que tenemos frente a la realidad social y, probablemente, en las atribuciones que hacemos sobre ésta.

Como es sabido, nuestras creencias se conforman a partir tanto de las experiencias directas, las que vivimos en primera persona, como de las indirectas, las que obtenemos a través de terceros (Worchel, Cooper, Goethals, & Olson, 2003, pág. 127). No es arriesgado asumir, en ese mismo sentido, que en nuestra forma de experimentar la vida social y de compartirla junto a otros, se conforman las explicaciones que damos sobre lo que ocurre en el mundo.

La pregunta que en este momento cabe realizar desde la perspectiva que hemos venido desarrollando, tiene que ver con **cuáles son las explicaciones que las personas de una sociedad atribuyen al fenómeno de la pobreza** o, dicho de otro forma, **cuáles son para ellas las causas que ocasionan que una persona se encuentre en situación de pobreza**. Como vimos al comienzo en el trabajo de Simmel, esta pregunta es fundamental, pues la pobreza, en tanto construcción social, es entendida como la relación que existe entre alguien que asiste y otro que es asistido a partir de una norma social. Se podría añadir, sin temor a traicionar al pensamiento simmeliano, que aquel que dona y entrega socorro al pobre, tiene a su vez una

determinada manera de identificar el fenómeno y explicarlo. También se podría agregar que la disposición a prestar ayuda social incluye cierta actitud que evalúa como favorable la asistencia. Esa actitud, además, puede estar relacionada con algún tipo de explicación que se atribuya a la pobreza.

A continuación se expone evidencia empírica existente en el campo de la psicología social y, en particular, desde el enfoque sociocognitivo sobre estos problemas.

ATRIBUCIONES SOBRE LA POBREZA, ACTITUD FRENTE A LA POLÍTICA SOCIAL Y CREENCIAS EN UN MUNDO JUSTO

En general, se ha visto que existe una difundida actitud negativa frente a la pobreza, sobre todo en países en donde la ética protestante del trabajo ha tenido una importante presencia histórica como es el caso de Estado Unidos. A los pobres se les piensa como deshonestos, dependientes, flojos y sin espíritu de superación. Los norteamericanos guardan una actitud negativa hacia la asistencia social, pese a que sólo se gaste en política social una muy pequeña parte del presupuesto nacional y federal. Este tipo de creencias y actitudes se encuentran anidadas en los estereotipos sociales sobre los pobres, los que se encuentran incrustados y reforzados por una explicación popular sobre la pobreza (Bullock, 1999).

Una línea de estudios ha investigado los tipos de atribuciones sobre la pobreza que

tienen los individuos en esas sociedades y han identificado tres tipos principales de explicaciones (Feagin, 1975; Furnham, 1982; Weiss-Gal, Benyamini & otros; 2009). **Una de ellas sería la atribución individualista bajo la cual la pobreza se entendería como un problema de orden personal en donde la persona pobre sería responsable de su situación.** Así, se enfatizarían factores como que las personas pobres no ahorrarían, serían flojas, promiscuas y dependientes del alcohol o las drogas. Una segunda explicación es representada por la **atribución estructural**, y desde ese punto de vista **una persona sería pobre porque en la sociedad existen una serie de desigualdades y falta de oportunidades que la ubicaría en el fondo de la estructura social.** Se pondría el acento entonces, en las condiciones económicas y sociales, como los bajos sueldos, las malas escuelas, los prejuicios y la discriminación, los empleos precarios y la debilidad del lazo social que conecta a los pobres con el resto de la sociedad. Finalmente, la **atribución fatalista** explicaría el fenómeno de acuerdo a causas del destino y **ser pobre sería una situación producida por factores como la mala suerte o la enfermedad.**

Feagin (1975) demostró cómo la atribución individual era preponderante en la sociedad norteamericana por sobre las explicaciones estructural y fatalista, y que entre quienes tendían a explicar el fenómeno de esa manera, estaban los euroamericanos, protestantes y católicos, personas mayores de 50, grupos de ingresos medios y moderadamente educados.

En contraposición, la explicación estructural fue entregada por afroamericanos protestantes, judíos, menores de 30 años, pobres y gente que no terminó el colegio.

Una investigación más reciente, también en Estados Unidos, buscó comparar cómo las personas de clase media y los beneficiarios de políticas sociales explican la pobreza y perciben la ayuda a los más pobres (Bullock, 1999). Las hipótesis sobre la relación entre clase social y atribución sobre la pobreza fueron comprobadas sólo parcialmente. En efecto, contrario a lo que se esperaba, la clase media no tendió a explicar la pobreza de forma más individualista que los pobres, aunque sí fue la explicación que acumuló más porcentaje dentro de éste grupo socioeconómico, que además sostuvo una actitud negativa ante las políticas sociales. En cuanto a los pobres, estos tendieron a explicar el fenómeno en el marco de la atribución estructural, a pesar de haber mostrado una actitud negativa frente a las políticas sociales.

Lo anterior reafirma lo que se conoce como el error fundamental de la atribución, el cual tiene relación con los conceptos de atribución situacional y de disposición que se describieron anteriormente. El error fundamental de la atribución señala que **mientras los actores tienden a explicar su propio comportamiento en términos de variables situacionales, los observadores tienden a hacer atribuciones disposicionales**. En ese sentido, la tendencia de la clase media, en tanto observadores,

de apoyar la explicación acerca la pobreza basada en la responsabilidad individual sobre la estructural, ilustra el sesgo.

Ahora, también se observó que los pobres estuvieron más de acuerdo con la deshonestidad y ociosidad de quienes reciben ayuda social, lo que hace creer que los pobres son escépticos de la integridad de los demás beneficiarios de asistencia social, a pesar de que apoyan la atribución estructural de la pobreza. La explicación que se da ante este hecho, es que los pobres se entienden a sí mismos como diferentes a las otras personas que reciben asistencia. Los pobres, desde este punto de vista, conocen a la gente que recibe asistencia social, así como las trampas y engaños en que se incurre para conseguir beneficios sociales.

El estudio además comprobó la existencia de correlaciones entre el tipo de atribución y la actitud de las personas frente a la política social. De esta forma, se evidenció una **fuerte correlación positiva entre la atribución estructural y la legitimidad de la política social y, de modo adverso, entre la atribución individual y una actitud negativa hacia la política social producto de que a los pobres se les entendería como flojos y deshonestos**. En consecuencia, se sustenta la idea de la afinidad entre atribución sobre el fenómeno y actitud en torno a este.

Investigaciones más recientes han diferenciado dos variantes de la atribución sobre la pobreza individualista (Weiss-Gal, Benyamini & otros;

2009). Una de ellas sería moral, la cual enfatiza la falta de motivación, de esfuerzo e iniciativa, además de la pasividad, la dependencia y la falta de confianza, entre otras cosas. La otra variante es denominada psicológica y atribuiría problemas de orden emocional como también la falta de habilidades interpersonales.

En ese mismo estudio, se compararon las diferencias en cuanto a atribuciones de la pobreza de trabajadores sociales y beneficiarios de asistencia social del aparato estatal israelí. El rasgo distintivo de esta aproximación es que se estudiaron las atribuciones sobre la pobreza no sólo de quienes padecen el fenómeno, sino que además de quienes trabajan para superarlo. De esta forma, se observó que aunque los trabajadores sociales y los beneficiarios de servicios sociales expresaron niveles similares de acuerdo con las explicaciones motivacionales y psicológicas de la pobreza, ellos difieren significativamente en la importancia que le atribuyen a las atribuciones estructurales y fatalistas. Los usuarios de programas sociales atribuyeron significativamente más importancia a las atribuciones estructural y fatalista, asignándoles de esta forma más preponderancia a los factores ambientales que los trabajadores sociales. Sin embargo, esta tendencia disminuyó a medida de que los usuarios tenían una mejor posición socioeconómica.

El hallazgo de que los trabajadores sociales y los usuarios atribuyeran diferentes grados de importancia a las dos explicaciones no

individualistas, deja abierta la posibilidad de que los trabajadores sociales y sus asistidos no estén de acuerdo sobre cuál puede ser la mejor forma de lidiar con la pobreza. La divergencia tendría que ser tomada en cuenta tanto a nivel práctico como de política pública.

Los trabajadores sociales deberían estar conscientes que la gente con la que trabajan puede ver su propia pobreza de forma diferente a la visión de ellos. Los policymakers deberían considerar éstas divergencias en la planificación de intervenciones sociales.

Como se ha venido argumentando, las actitudes que tenemos hacia las personas, instituciones y objetos, reposan en determinadas creencias. Es así como en los estudios sobre atribuciones de la pobreza veíamos que las personas que tenían actitudes negativas o positivas ante la política social que busca beneficiar a los sectores pobres, se correspondían con cierta forma de explicar el fenómeno. Siguiendo esta misma perspectiva, investigaciones en psicología social buscan relacionar ese tipo de fenómenos con la creencia de que el mundo es justo o injusto.

La **hipótesis de las creencias en un mundo justo** (*Just world beliefs*, como se conoce en inglés), señala que **los individuos parecen tener una necesidad de creer que viven en un mundo donde las personas tienen lo que merecen**. En ese sentido, entender que la sociedad y su estructura de oportunidades están constituidas de forma justa, habilita al individuo a confrontar su entorno físico y social como si fuera estable

y ordenado. En el fondo, la responsabilidad del lugar que se ocupa en la sociedad no recae en otra cosa que en la misma persona, pues las condiciones para que cada uno obtenga lo que quiere están dadas.

El estudio que inició este tema, logró establecer los determinantes de las *creencias en un mundo justo*. Así, una serie de características psicosociales como **el autoritarismo, la religiosidad, un locus de control interno, la creencia en la ética protestante del trabajo, la admiración de ciertos líderes políticos y la propensión a tener actitudes negativas hacia los menos privilegiados (Rubin & Peplau, 1973) confluían en la creencia sobre un mundo justo**. Además, otros estudios establecen que **quienes creen en un mundo justo tienden a tener una actitud hostil frente a quienes padecen injusticias sociales**, en especial cuando el sufrimiento es difícil de aliviar. En consecuencia, pareciera que son los deseos que la gente tiene de vivir en un mundo justo los que conducen más a la justificación del orden social que a la búsqueda justicia.

Asimismo, otras indagaciones han llevado la investigación de las creencias en un mundo justo a otros contextos culturales, particularmente en sociedades conocidas históricamente por ser injustas. Furnham (1985) comparó las creencias en un mundo justo en una muestra de estudiantes universitarios y escolares de nacionalidad británica y sudafricana, demostrando que los jóvenes sudafricanos afirman de forma más fuerte la creencia en un mundo justo que los ingleses. Aunque contrario

de lo que se esperaba, el autor argumenta que particularmente los sudafricanos blancos desarrollan y mantienen creencias en un mundo justo con el fin de explicarse o justificar la inmensa cantidad de injusticias presentes en su sociedad. En ese sentido, y como se señaló con anterioridad, **las creencias en un mundo justo sirven para ayudar a la gente a lidiar con la desigualdad, los disturbios y las amenazas, generando una visión consensuada sobre la realidad en la que se vive**.

Un hallazgo alentador es que la creencia de que el mundo es injusto se expresó en mayor medida entre los universitarios. Aunque el estudio por problemas metodológicos no puede desentrañar con claridad dicha la relación, se genera la hipótesis de que la educación aumentaría la capacidad crítica y el cuestionamiento del orden dado de las cosas en la sociedad.

DISCUSIÓN

A partir de la reflexión de Simmel en torno a la pobreza, la cual entendió el fenómeno como una construcción que resulta de la relación entre una sociedad que asiste y un grupo heterogéneo de pobres que recibe ayuda o debiera recibirla según las normas sociales, se ha profundizado en sus consecuencias. Tomando esa reflexión como puntapié inicial, hemos ahondado exhibiendo el tipo de atribuciones que se generan sobre la pobreza, así como las actitudes y creencias que éstas traen aparejadas.

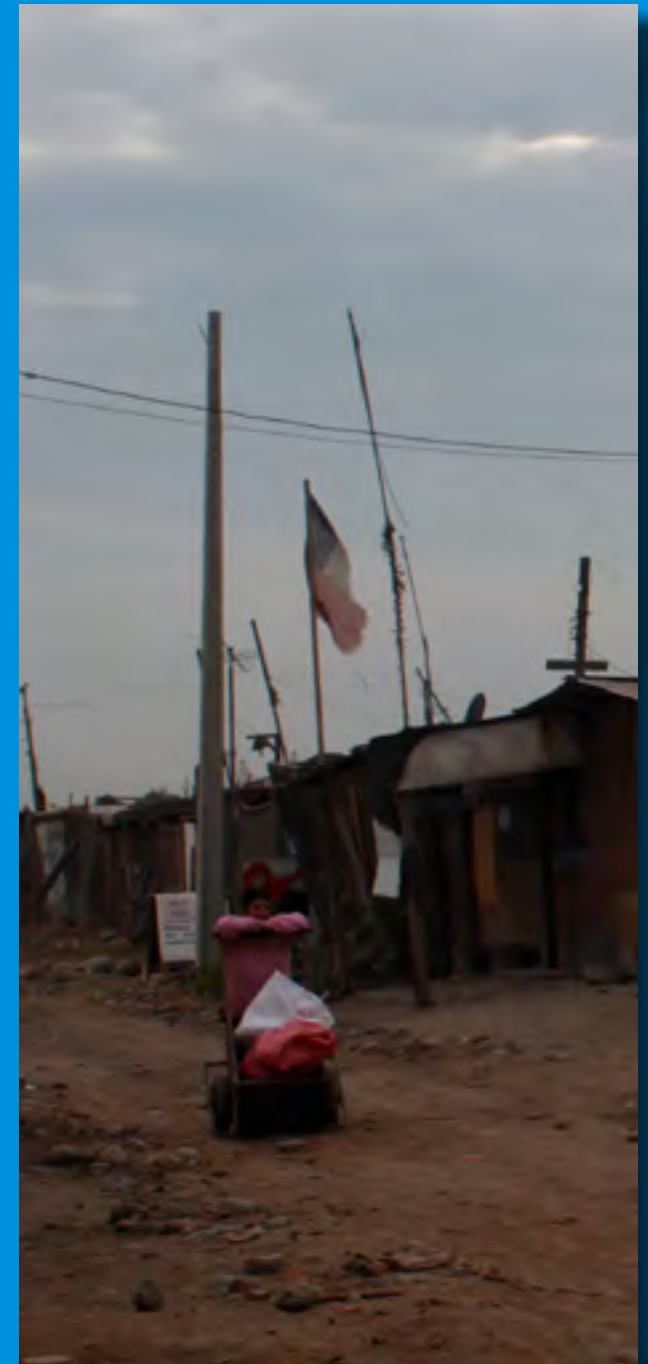
En efecto, se podrían extraer dos formas contrapuestas en cuanto a creencias, atribuciones y actitudes hacia la pobreza. De un lado, se encontraría la explicación del fenómeno como una causa individual, que se podría aparejar a una creencia en que el mundo es justo y a una actitud de rechazo hacia la ayuda que se entregue. De otro lado, se ubicaría la atribución estructural del fenómeno, junto a una creencia en que el mundo es injusto y, por tanto, digno de transformar, la cual se expresaría en una actitud favorable hacia las políticas sociales.

Desde la perspectiva de los diferentes grupos sociales, se observó que tanto la clase media estadounidense como los trabajadores sociales israelíes tendían a explicar la pobreza en términos individuales. En ese sentido, **sin importar la relación que tuviera la categoría social de quienes no son pobres, existió la tendencia a caer en el “error fundamental de la atribución” cuando el problema no era vivido en**

carne propia. En consecuencia, se puede decir que la situación del pobre en las sociedades actuales queda relegada a una incompreensión por parte de quienes no padecen su condición.

Si bien la pobreza comporta un conjunto de necesidades y carencias, y es el resultado de una superposición de desigualdades, es ilógico pensar que su superación depende únicamente de la solución de éstas. **También existe un trabajo que hacer con la sociedad en que se vive la pobreza y con la manera que se tiene de comprenderla en sus causas y efectos.** Caer en la ilusión de que el mundo está configurado en base a la justicia, que los pobres son responsables de su pobreza y que, en consecuencia, la preocupación desde las políticas públicas debiese desaparecer, es caer en una incompreensión que redunde en indiferencia, problemática en todos los casos, pero sobre todo entre quienes trabajan directamente por su superación. Lo importante es que, como los prejuicios y las estigmatizaciones, este tipo de creencias pueden ser cambiadas por medio de la educación.

Como señala Francisca Márquez (2006, p. 4), es necesario asumir que “el diseño de políticas y programas de corto alcance desconocen no solo que las prácticas y los estilos de vida no se cambian de un año para otro; sino también, que las condicionantes estructurales, económicas, culturales y sociales, pueden pesar tanto como las propias convicciones al momento de actuar y construir la propia trayectoria vital”.



BIBLIOGRAFÍA

- Baron, R., & Byrne, D. (1998). *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall Iberia.
- Bullock, H. (1999). Attributions for Poverty: A Comparison of Middle-class and Welfare Recipient Attitudes. *Journal of Applied Social Psychology*, 2059-2082.
- Feagin. (1975). *Subordinating the poor: Welfare and American beliefs*. New Jersey: Prentice Hall.
- Furnham. (1982). Why are the poor always with us? Explanations for poverty in Great Britain. *British Journal of Social Psychology*, 31 1-322.
- Furnham. (1985). Just world beliefs in unjust society: A cross cultural comparison. *European Journal of social psychology*, 363-366.
- Lewis, O. (1967). *La cultura de la pobreza*. México: FCE.
- Leyens, J., & Codol, J. (1999). *Introducción a la Psicología Social. Una Perspectiva Europea*. Barcelona: Ariel.
- Márquez, F. (2004). Cultura y pobreza: alcances conceptuales. *Revista Diálogo Educativo*, vol. 4, núm. 11, 1-18.
- Paugam, S. (2007). ¿Bajo que formas aparece hoy la pobreza en las sociedades europeas? *Revista Española del Tercer Sector*, N° 5 Enero-Abril, 149-171.
- Rubin, & Peplau. (1973). Belief in a just world and reactions to another's lot. *Journal of social issues*, 73-93.
- Simmel, G. (2002). *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- social, C. m. (1995). *Informe Cumbre Mundial del Desarrollo social*. Copenhagen.
- Weiner, B. (1980). *Human Motivation*. New York: Rinehart and Winston.
- Weiss-Gal, Benyamini, Ginzburg, & Savaya. (2009). Social workers' and service users' causal attributions for poverty. *Social Worker Volume 54 Number 2*, 125-133.
- Worchel, S., Cooper, J., Goethals, G., & Olson, J. (2003). *Psicología Social*. México: Thomson.

El **Centro de Investigación Social** (CIS) de TECHO para Chile, investiga sobre pobreza, desigualdad, exclusión y vulnerabilidad social en campamentos y viviendas sociales, aspirando a que estas investigaciones contribuyan al desarrollo social del país. Su interés es promover un debate que fortalezca las políticas sociales, planteando problemáticas ancladas en la experiencia directa del trabajo en conjunto con pobladores de comunidades vulnerables.

Contacto:
cis.chile@techo.org
www.techo.org/chile/cis
Departamental 440, San Joaquín



Departamental #440, San Joaquín, Santiago
28387300 - cis.chile@techo.org
techo.org/chile